

Salsa de tomate

Julieta Reina



Image not found.

Capítulo 1

La miro de reojo. Ella danza alegre mientras le quita la cascara a una cebolla y seca pequeñas lágrimas de sus ojos con un pañuelo. Me ofrecí a ayudar con la cena a sabiendas de que apenas puedo freír un huevo, que llevo más de dos años comiendo en rotiserías baratas y que en la pequeña cocina podría rozar accidentalmente su cuerpo.

Lizza tiene una sonrisa embriagadora, y el poco tiempo que nos unía solo acentuaba su brillante personalidad. Tiene la habilidad de volver cualquier conversación un océano de risas.

Yo por mi parte, tenía un desafío que afrontar. Frente a mi había un tomate, listo para ser pelado y picado como ella sugirió, concassé. Pronto mi hasta entonces secreta torpeza culinaria se haría evidente, tendría que ser lo suficientemente lista y veloz para pasar desapercibida. Pero ella mueve sus caderas al ritmo de la música, y mis manos se pierden en el deseo de tocarla.

Las cebollas están casi listas y se acerca el momento de agregar mi ingrediente a la preparación. Mi ingrediente que sigue intacto sobre la tabla, mientras yo lo observo desesperada intentando que se pele por arte de magia, y aquel me devuelve una apariencia burlona como respuesta.

Sujeto el cuchillo con una mano, el tomate con la otra y doy comienzo a mi propósito. El cuchillo retira una fina capa de piel que se va engrosando lentamente, tanto que tengo miedo de que el tomate pronto desaparezca. Respiro profundo para calmar a mis torpes manos, y para dejar de distraerme con el aroma de su cuerpo. Requirió toda mi fuerza de voluntad, pero finalmente despejé mi mente de cualquier distracción, incluso dejé de mirarla por el rabillo del ojo. Somos el tomate y yo. Estoy decidida a salir victoriosa.

Agarro las capas gruesas y recupero la mayor cantidad de pulpa que me es posible, cuando termino uno es capaz de comparar un campo de batalla con aquella tabla de picar. Pero no me detengo en los detalles desprolijos de mi labor, coloco los trozos en un cuenco, y me giro para llevarlos a la olla.

A penas me doy vuelta sus labios encuentran los míos, mi respiración se entrecorta y mis músculos parecen derretirse. Por suerte ella sujeta el tomate, porque yo ya no siento las manos. Lo que si siento son sus dedos sujetando mi cintura y su cabello cayendo suavemente sobre mi cara. Recupero mis manos para perderlas en su cuerpo, y pronto olvido que hacía antes de solo pensar en ella.

La cena fue exquisita.